



PAZ Y BIEN



IV Domingo de Cuaresma

15-III- 2026



*“ puso barro sobre los
ojos, me lavé y veo ”*

IV Domingo de Cuaresma

15–III– 2026

Textos:

I Sant.: 16. 1b. 5b-7. 10-13 a.

Ef.: 5, 8-14.

Jn.: 9, 1-41.

"Me puso barro sobre los ojos, me lavé y veo"

Nuevamente el Evangelio nos muestra a Jesús en un encuentro con un hombre sediento de luz, que culminó con la profesión de fe del que fue iluminado: *creo, Señor, y se postró ante Él*: *"Él lavó su cara – dice san Agustín -; y así viendo ahora con el corazón, adoró a su Salvador"* (Serm. 136 A 2-4).

Jesús se nos manifiesta como fuerza iluminadora, Luz que guía el camino de nuestra existencia hacia la patria celestial. Él es *"la luz que ilumina a todo hombre"* (Jn. 11, 9).

El ciego vivía en tinieblas y Jesús iluminó no sólo sus ojos sino su corazón, *"lo curó de la ceguera del corazón"* (S. Efrén, Diatessaron, 16, 28-32), que es la peor de las cegueras.

Lo que Jesús hizo con el ciego de nacimiento, también lo hizo con el género humano. Por el milagro le dio, al ciego, el don de la fe; y desea que todo hombre la posea, que todos los hombres *"vean"*.

Jesús da al ciego la gracia de la fe y así nos enseña que la fe no es una certeza puramente racional ni un puro *"sentimiento"* ciego. Es algo más profundo, que apunta a nuestro *"corazón"* en el sentido bíblico: ese lugar donde conocimiento y amor se unen. Allí podemos alcanzar nuestras profundas certezas, referidas a lo que es verdaderamente esencial.

El ciego es el paradigma del hombre que busca con humildad y docilidad la luz, por eso Jesús puede darle la fe ya que ésta *"es una gracia que hay que saber pedirla, recibirla y vivirla humildemente, volviéndonos hacia Aquel de quien la recibimos, manifestándole en los momentos difíciles nuestra voluntad de adherirnos a Él sólo, de tener en Él nuestra única razón para vivir. Y acordándonos de que Él es el primero en ser fiel, y que una*

gracia no puede perderse sin una falta deliberada de nuestra parte” (G. Lefebvre, osb. en CCMM n° 83).

Frente al ciego de nacimiento, tenemos otros “ciegos” a los que Jesús se dirige diciéndoles: “Yo he venido al mundo para un juicio: para que los que no ven, vean, y los que ven se vuelvan ciegos” (Jn. 9, 39).

Hermanos, quiera Dios que comprendamos que “*es ciego quien no reconoce que está en tinieblas ante Dios y es incapaz de captar lo esencial a pesar de su saber humano. Quien comprende esto y lo reconoce ante Dios encontrará ‘la luz del mundo’, la cual le abrirá los ojos para ver lo santo. Entonces verán al enviado de Dios*” (R. Guardini).

Lo que nos ilumina es el esplendor de la verdad, que “*ilumina la inteligencia y modela la libertad del hombre, que de esta manera es ayudado a conocer y amar al Señor*” (Juan Pablo II, Ver. Spl. Int.).

El anuncio de esta verdad divide a los hombres en dos grupos: los que están dispuestos a recibirla y los que no lo están; los que quieren ver y los que no quieren, y por consiguiente, los que llegan a ver y los que acaban por no ver, porque **lo que impide recibir el don de la fe es la soberbia**.

También impedimos que los niños y los jóvenes reciban la verdad, cuando se la negamos, los enneguecemos cuando no sólo les negamos la verdad, sino cuando en ellos sembramos la mentira.

El ciego es iluminado por una verdad que lo transforma en testigo valiente de esta verdad y por esto lo expulsan de la sinagoga. Esta respuesta del ciego a la gracia de la fe, nos plantea el tema del valor, de tener valor de la verdad, de ser testigo sincero y valiente de la verdad que es Cristo: “Yo soy la Verdad” (Jn. 14, 6). “*Hoy se nos pide – decía San Pablo VI – la valentía de la verdad (...), no se trata de un ejercicio deportivo o placentero sino de una profesión de fidelidad obligada a Cristo y a su Iglesia, y es hoy además un gran servicio al mundo moderno que seguramente espera, de cada uno de nosotros, más de lo que nosotros mismos suponemos, este benéfico y tonificante testimonio*” (20. V. 1970).

Hermanos, debemos ser testigos de la verdad en un clima cultural enrarecido en el que muchas veces parece reinar el “*mentiroso padre de la mentira*” (Jn. 8, 44), en que verdad y opinión errónea, verdad y mentira, están continuamente mezcladas en el mundo de manera casi inseparable, por esta realidad podemos ser tentados continuamente de apartar nuestra mirada del Dios vivo y verdadero y dirigirla a los ídolos (cfr. I Tes. 1, 9), cambiando ‘*la verdad de Dios por la mentira*’ (Rom. 1, 25) (Vert. Spl. 1). Así nos transformamos en ciegos porque nuestra capacidad de conocer la verdad que

Dios nos revela, queda ofuscada y debilitada por la incapacidad para someterse a ella, y nos gana el relativismo y el escepticismo (cfr. Jn. 18, 38). No transformamos, así, en buscadores de una libertad ilusoria fuera de la verdad misma (cfr. Vert. Spl., id.). No hay peor miseria y esclavitud que despreciar la verdad y vivir en el error.

San Pablo, en la segunda lectura, nos recuerda que por la gracia del bautismo, somos luz en el Señor, y debemos vivir como hijos de la luz; este es nuestro gran servicio y nuestro fundamental apostolado: ser luz para el mundo.

Estamos llamados a proclamar la primacía de Dios. Para el Santo card. Newman *“la primacía de Dios se traduce, en la primacía de la verdad, una verdad que hay que buscar ante todo disponiéndose interiormente a acogerla”* (Benedicto XVI en L'Oss. Rom. nº 8, 20. II. 2011).

Hermanos, nuestro compromiso es hacer que la verdad se haga vida, testimonio; y *“pobre de nosotros si nos contentamos con nuestra ceguera, si la figura del Señor va esfumándose en nuestro interior hasta tal punto que ya no sepamos decirle nada”* (R. Guardini).

Contemplando el encuentro de Jesús con el ciego, pidamos al buen Dios que nuestros ojos sean iluminados con el colirio de la fe (cfr. San Agustín) y nos ayude a recordar cada día que: *“En Él está la fuente de vida y en su luz vemos la luz”*.

Amén.

G. in D.